

cluidos del sagrado templo... 2.º *Sus ojos...* «Ni menos queria alzar los ojos al cielo...» Y nosotros ni queremos alzarlos al cielo por la esperanza, y para implorar los socorros; ni bajarlos á la tierra por humildad, y para mostrar nuestro respeto; antes los alzamos con una audacia que ofenderia á un grande de la tierra si estuviésemos en su presencia: nosotros los alzamos sobre todos los objetos que nos rodean, para buscar en ellos un alimento á nuestra disipacion, á nuestra curiosidad, á nuestra malignidad, y acaso á nuestro corazon corrompido... 3.º *Sus manos...* «Y se daba golpes en el pecho...» Era costumbre desde los primeros siglos darse golpes de pecho á la bendicion del Sacramento, á la elevacion de la hostia en la misa, y cuando el sacerdote se los da á sí mismo antes de la comunion; pero al presente ya nadie tiene valor para hacerlo, y si algunos lo practican, lo hacen como en secreto; tanta es la fuerza del respeto humano. Era tambien costumbre en lo demás del tiempo orar con las manos juntas, ó un poco elevadas hácia el altar, ó modestamente fijas, ó finalmente teniendo bajo de los ojos un libro de oraciones; pero ahora en vez de todo esto se ve un movimiento, una agitacion perpétua que muestra igualmente la ligereza del espíritu y la disipacion del corazon... 4.º *Su postura...* Nada se dice de cuál ni cómo fuese su postura; pero un hombre que tenia sus ojos fijos en la tierra, y con sus manos se daba golpes de pecho, no estaba de cierto en una postura con que nosotros nos atrevemos á estar á las veces delante de Dios, y con la que ni aun nos atreveríamos á estar delante de personas menos respetables; postura que en vez de mostrar respeto indica mas bien descuido, amor propio y disipacion... 5.º *Sus palabras...* «Diciendo: Dios...» Hablaba á Dios, y hablaba solo á él. Nosotros al contrario, en la iglesia misma hablamos y discurrimos con las criaturas, y muchas veces nos salimos de allí sin haber dicho á Dios una palabra. ¡Cuántas irreverencias en nuestro exterior que escandalizan los mismos hombres! ¡Cuántos defectos en nuestro interior que ofenden á Dios!

2.º *La peticion del publicano...* «Diciendo: Dios, ten piedad de mí, pecador...» Sea esta oracion el modelo de la nuestra, y procuremos con ella reparar los defectos de todas las otras. ¡Dios mio, por cuántos motivos no me conviene á mí esta oracion! Os doy mil gracias por habérmela enseñado, y por haberme asegurado el éxito que ella ha tenido. La diré, pues, continuamente, y así la repetiré con frecuencia, y tendré al fin la dicha de mover vuestro corazon, y obtener de Vos misericordia.

3.º *El éxito de la oracion del publicano...* «Os digo que este se volvió justificado á su casa, á diferencia del otro...» ¡Afortunada preferencia! ¿Y quién podrá procurárnosla? La humildad. Apliquémonos, pues, á adquirir esta virtud; tengamos siempre fija en nuestro espíritu esta sentencia muchas veces repetida ya por nuestro Salvador... «Porque cualquiera que se exalta, será humillado; y quien se humilla será exaltado...» Sentencia que se verifica continuamente delante de Dios, y tambien entre los hombres.

Peticion y coloquio.

Ayudadme, pues, ó Señor, á dominar mi orgullo, obstáculo siempre vivo al éxito de mis oraciones. ¡Ay de mí! semejante al fariseo cuántas veces casi sin pensar en Vos me he llegado hasta el pié de vuestros altares; cuántas veces en el lugar de vuestras continuas humillaciones me he atribuido derechos, he afectado singularidades, he tomado un aire imperioso, me he detenido en hacer comparaciones orgullosas en que siempre he decidido á mi favor! Perdonadme, Dios mio, perdonadme. Triunfad de esta dominante flaqueza de mi corazon; triunfad de mi amor propio, que acaso no es diferente del fastuoso orgullo del fariseo cubierto de hipocresía, y que justamente por estar cubierto con el manto de la piedad será acaso mucho mas culpable á vuestros ojos... *Dios, ten piedad de mí, pecador...* Y el máximo de los pecadores... Amen.

MEDITACION CCXVII.

NIÑOS PRESENTADOS Á JESUCRISTO.

(Math. xix, 13-15; Marc. x, 13-16; Luc. xviii, 15-17).

Nosotros descubrimos aquí en Jesucristo: 1.º una bondad inefable; 2.º una enseñanza divina; 3.º una bendicion inestimable.

PUNTO I.

Bondad inefable.

Lo 1.º *En la complacencia de Jesús...* «Entonces le presentaron unos niños para que les impusiese las manos, y orase...» Mientras Jesucristo instruía sus Apóstoles, y ellos escuchaban con una particular atencion los sublimes y tiernos documentos que les daba este Dios Salvador, muchos padres y madres vinieron con grande solicitud á presentarle sus hijitos pequeños, y á pedirle que les impusiese las manos, y rezase sobre ellos alguna oracion, y los tocase... Es-

los niños animados de la piedad de sus padres no fueron á él con menor ardor. Los unos y los otros se abrian camino por medio de la multitud, y se adelantaron y llegaron hasta sus piés. Veia Jesús con complacencia esta diligencia... ¿No debía animar esta misma bondad á los padres cristianos á ofrecerle sus tiernos hijos, no solo haciéndoles recibir el santo Bautismo, sino tambien encomendándolos cada dia al Señor, instruyéndolos, enseñándoles á orar, á temer á Dios, á amarlo, á asistir con modestia á los oficios de la iglesia, y finalmente disponiéndolos á hacer con tiempo su primera comunión; esto es, antes que el vicio haya corrompido su corazón?

Lo 2.º *En la indignacion que muestra...* «Lo que viendo los discípulos, les reñian...» Los Apóstoles, que estaban con atención oyendo las instrucciones que les daba su Maestro, contenian á los padres y á las madres, los reprendian y echaban de allí los niños con aspereza, y se obstinaban en apartar y alejar esta tropa que los incomodaba, y de quien tambien creian que fuese importunado su Maestro... ¡Ah! no conocian aun bien la bondad del corazón de Jesús, como tampoco la conocerian aquellos que contuviesen ó apartasen en los caminos del Señor ó en la frecuencia de Sacramentos las almas piadosas é inocentes... «Y cuando lo vió Jesús, lo llevó muy á mal... Y llamándolos dijo (*á sus discípulos*)...» Se indignó el Salvador, no del concurso ni de la multitud del pueblo, sino de la conducta de los discípulos; y su enojo creció hasta la indignacion. Llamó á sí los niños que habian sido apartados, y á los que los apartaron; y habló á estos últimos en un tono que podia hacerles conocer su bondad para con los niños, y su disgusto contra ellos que los apartaban y los alejaban de sí... ¿Cuál será, pues, su indignacion contra aquellos que debiendo estar mejor instruidos que lo estaban entonces los Apóstoles, y que haciendo aquí en la tierra sus veces, despiden, desechan, y alejan de sí los pequeñuelos, los ignorantes, los simples y los pobres?

Lo 3.º *En el precepto ú orden que da á sus discípulos...* «Pero Jesús dijo: Dejad que vengan á mí los niños, y no querais prohibírseles, porque de estos tales es el reino de Dios...» ¿Cuál debió ser el consuelo de estos padres y el júbilo de los niños cuando oyeron estas tiernas palabras? ¿Quién podria no quedar enternecido á una tan amable condescendencia y á una bondad tan excesiva de Jesucristo? ¡Ah! enciendan estas palabras el celo de aquellos que están encargados de la instruccion de los niños, ellas los animen á sufrir las fatigas, el tedio y los disgustos de su empleo, considerando so-

lo lo que en ellos amó Jesucristo, su inocencia, la gracia de Dios, la adopción divina, y las disposiciones que estos tienen para recibir con docilidad las verdades del Evangelio. Enséñennos estas palabras á hacernos nosotros mismos niños, para acercarnos libremente á Jesús, y para ser acogidos de él con afecto... Ser niños, segun el Evangelio, es tener las cualidades que forman el carácter de los niños, la inocencia, el pudor, el candor, la simplicidad, la dulzura, la docilidad y la obediencia; es estar exentos de los defectos desconocidos á los niños, del orgullo, de la ambición, de la impureza, de la doblez, del resentimiento y de la codicia; y tambien, en cuanto es posible, del conocimiento del mal. Si no nos aplicamos á ser en estos puntos semejantes á los niños, no esperemos tener parte en los favores de Jesucristo, en el conocimiento de sus misterios y en la gloria de su reino.

PUNTO II.

Enseñanza divina.

«En verdad os digo que el que no recibiere el reino de Dios, como niño, no entrará en él...»

1.º *No hay sino un Dios á quien convenga proponer en tales términos su doctrina...* Los sábios, los fariseos, los maestros que se presentan para instruirnos, para darnos parte de los sistemas que han inventado, de las verdades que creen haber hallado, no tienen derecho de hablar á los hombres como á niños. Y verdaderamente ninguno de ellos se ha atrevido á tomar este tono de autoridad; si alguno lo hubiese tomado, todos habrian detestado su orgullo, despreciado su persona, y desechado su doctrina. Solo Jesucristo nos ha dicho que debemos recibir su doctrina, entrar en su Iglesia, serle dóciles, sumisos y obedientes como niños... Á una enseñanza tan sublime y tan inaudita, reconozco el Dios que me habla. ¿Y quién somos nosotros de hecho sino unos niños en presencia del Verbo encarnado que nos habla por sí mismo? ¿Quién somos nosotros sino niños en presencia del Espíritu Santo que nos habla por medio de los Apóstoles, sobre quienes ha bajado, y por medio de la Iglesia que dirige y gobierna? Sí, esta docilidad de infantes que Jesucristo exige de todos los hombres, so la pena de no entrar jamás en su reino, esto es, en su Iglesia aquí en la tierra, y en su gloria en el cielo, esta docilidad que repugna tanto al orgullo de algunos filósofos, es para mí una prueba de la divinidad de Jesucristo; porque no hay otro que un Dios que pudiese proponer de este modo su doctrina, y

todo aquello que venia á establecer sobre la tierra para la salvacion de los hombres. Pero el mal de muchos de nosotros es que, rehusando á Dios una docilidad tan legitima y tan racional, tienen para los hombres mortales, que les venden solamente extravagancias, absurdos y contradicciones, una docilidad tan necia que los degrada y los condena.

2.º *Esta manera de proponer su doctrina era sola la que convenia á un Dios...* Desde que Dios ha querido dignarse de hablarnos por medio de su propio Hijo, Dios como él; desde que ha querido gobernarnos por medio de su Espíritu Santo, Dios como él; ¿era, por ventura, conveniente que entrásemos con él en disputa? ¿Era, por ventura, conveniente á él el permitirnoslo? ¿No debía antes bien prohibirnoslo? Y el mismo Dios que exigia el homenaje de nuestro corazon por medio de un amor superior á todas las cosas, ¿no debía tambien exigir el homenaje de nuestro espíritu por medio de una docilidad entera y perfecta? Rehusa, pues, dar á Dios un homenaje que le es debido el que no recibe con la simplicidad de un niño todo aquello que él nos ha revelado por sí mismo, y todo lo que nos enseña por medio de su Iglesia.

3.º *Esta manera de proponer era la sola que convenia á la doctrina celestial del reino de Dios...* Jesucristo no ha venido ya á la tierra para enseñarnos verdades naturales, curiosas y estériles, sino verdades esenciales á nuestra salvacion, y á nuestra eterna felicidad, y que debemos creer y practicar para llegar á ella. Ahora estas verdades tienen entre sí relaciones, y en sí mismas razones intrínsecas que son superiores á nuestra inteligencia en el estado en que nos hallamos. Debían, pues, estas verdades proponérsenos con una autoridad suprema que exigiese de nosotros una docilidad propia de niños. Así las han recibido tantos genios sublimes que forman la gloria de la Iglesia, y que por medio de una fe inconcusa á estas mismas verdades se han elevado á las mas sublimes contemplaciones. Pero á aquellos que han querido penetrar los dogmas de la revelacion antes de recibirlos, discurrir y examinar el plan de la Iglesia antes de entrar en ella, no han entrado jamás; y aquellos que despues de haber sido en ella regenerados se han apartado de la simplicidad de infantes, han salido de ella para no volver otra vez á entrar... Pero abandonando la simplicidad de la fe, ¡en cuántos absurdos no han caido los unos y los otros, los filósofos y los herejes!... Los filósofos no han querido conocer á su Criador, han dudado si hubiese un Dios, si fuese uno solo, si existiese un mundo, si este

mundo fuese Dios, si existiesen ellos mismos, si ellos fuesen bestias ó máquinas, si una máquina de huesos y carne pudiese pensar... Los herejes han caido en no menores absurdos, bien que de otro género: los unos han negado la divinidad de Jesucristo, los otros su humanidad; los unos confundiendo las dos naturalezas, y dividiéndolas los otros en dos personas, destruian todos igualmente el misterio de la redencion. Los unos han hecho sistemas de la predestinacion y de la gracia, en que ni hay libertad ni justicia; los otros sistemas de libertad, en que Dios y su gracia se cuentan por nada... ¡Oh Dios mio! ¿se requiere otra cosa para hacernos ver cuánta razon tuvisteis para decir que nosotros debemos recibir el reino de Dios como niños, sin lo cual jamás entraremos en él? ¡Ah! lo recibo con esta disposicion. Vos habeis hablado, ó Señor; Vos lo habeis dicho, esto me basta. La Iglesia lo enseña igualmente; tanto basta para mí, creo, recibo, me someto, soy un niño, y quiero ser niño sumiso y dócil.

PUNTO III.

Bendicion inestimable.

«Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecia... Y se partió de aquel lugar...» Habiendo hecho Jesucristo que se acercasen aquellos niños, los trató con una ternura inexplicable. Los abrazó, los unos despues de los otros, les impuso las manos á todos, y los bendijo, orando sobre ellos... ¡Oh afortunados niños! ¿quién no envidiaría vuestra suerte? ¿Y cuál fue en vosotros el fruto de una bendicion concedida con tantas señales de bondad? Pero ¿quién me impide á mí el obtenerla? No me queda otra cosa que hacer sino presentarme como vosotros á este divino Salvador.

Lo 1.º *Con simplicidad*, con un corazon puro, recto, dócil, sin ficcion y sin malicia.

Lo 2.º *Con confianza*, lleno de fe en su potencia, de esperanza en su bondad, de amor para con él, de ardor de unirme á él, y de deseo de merecer sus favores.

Lo 3.º *Con constancia*, perseverando en buscar tan grande bien, sufriendo las repulsas y malos tratamientos de los hombres, venciendo todos los obstáculos hasta que haya conseguido lo que deseo, hasta que él mismo me llame á sí, é imponga silencio á los que me estorban; entonces por un exceso de su amor, mucho mayor que aquel que admiramos aquí, vendrá él mismo á mí, y entrará en mí para unirse é incorporarse conmigo.

Petición y coloquio.

¡Oh favor, oh bendición inestimable! Miserable de mí, no he hecho jamás una seria reflexión en ella, jamás he tenido en mí algún ardor de desearla, ni he pensado jamás en prepararme dignamente para recibirla. ¡Ah! quiero desde este punto disponerme á recibirla en adelante con aquellas cualidades que son propias de niños; ellas me harán gustar su dulzura, y me asegurarán el fruto. ¡Oh Señor, dadme estas preciosas cualidades de la niñez cristiana, de aquella niñez evangélica que cree sin dudar los misterios de la fe, no obstante la oscuridad en que están envueltos; niñez que verdaderamente juiciosa y sólidamente racional abraza las prácticas de aquella piedad vulgar, las señales exteriores de aquella devoción simple y común, que reprueba y desacredita la falsa sabiduría del mundo. Amen.

MEDITACION CCXVIII.

UN JÓVEN CONSULTA AL SALVADOR SOBRE EL CAMINO DE LA SALUD.

(Marc. x, 17-22; Matth. xix, 16-22; Luc. xviii, 18-23).

Observemos: 1.º la pregunta de este jóven; 2.º su sabiduría; 3.º su tristeza.

PUNTO I.

De la pregunta de este jóven.

«Y cuando salió para ponerse en camino corrió á él un tal... Uno de los principales... Y puesto de rodillas le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para adquirir la vida eterna?...»

1.º *¿Cuál es la manera con que este jóven hace su pregunta?...*
1.º La hace con fervor... Luego al punto despues de haber dado Jesucristo la bendición á los niños se levantó y salió con sus Apóstoles del lugar en que estaba para ir á predicar en algunas partes de aquel distrito, á la otra parte del Jordan. Apenas se había puesto en viaje, cuando un jóven corrió á él con la mayor diligencia y ardor... Es necesario ir á Jesucristo, á la oración, á la comunión con este fervor de espíritu, con esta presteza de cuerpo y con esta alegría espiritual... 2.º Hace la pregunta con respeto... Este jóven era príncipe del pueblo, esto es, cabeza de una de las principales familias, y poseía muchos bienes: todo esto no le impidió el mostrar á Jesús el mas profundo respeto, doblando la rodilla delante de él

despues que lo alcanzó... ¡Ay de mí! qué vergüenza para nosotros, que teniendo un conocimiento mas claro de Jesucristo, y reconociéndolo por nuestro Dios, por nuestro Salvador y nuestro Juez, nos presentamos á él con tanta indecencia y con tan poco respeto! 3.º Hace su pregunta con confianza... Da á Jesucristo el nombre de Maestro bueno. ¡Ah! ¡cuánto mas viva hubiera sido su confianza si hubiese sido testigo de la complacencia y de la ternura con que este divino Salvador había poco antes abrazado y dado la bendición á los niños! Y nosotros, que estamos instruidos de todas las señales de bondad que no ha cesado de dar á los hombres, ¿por qué vamos siempre á él con un cierto sentimiento, no de temor respetuoso y filial, sino de desconfianza injuriosa que ofende su corazón y nos priva de sus favores? Ó buen Maestro, ó Maestro de bondad y de misericordia, perdonad mi desconfianza; sanadla: desconfío solo de mí mismo, pero no de Vos, en quien solo pongo toda mi confianza.

2.º *¿Cuál es el objeto de la pregunta que hace este jóven?...* «¿Qué charé para adquirir la vida eterna?...» Hé aquí lo que debe pedir y estudiar solícitamente todo hombre que vive sobre la tierra, grande ó pequeño, rico ó pobre, afortunado ó desventurado. Pero ¡ah! cada uno se informa de cuanto debe hacer para enriquecerse, para engrandecerse, para mantenerse; para salir de la miseria ó de la opresión, para ensalzarse mas de lo que lleva su estado y acrecentar la fortuna, para hacerse hábil, y para llegar, en una palabra, al término de sus designios temporales; pero para obtener la vida eterna poquíssimos ponen cuidado, como si en esto no tuviesen algún interés... Hé aquí la pregunta que se debe hacer en toda edad, en la juventud y en la vejez, porque en toda edad puede ser decidido este grande punto de la eternidad: con todo eso en la juventud cada uno piensa en vivir, y en la vejez ninguno piensa en morir. Ello es cosa de grande edificación ver aquí un jóven rico y calificado hacer esta pregunta, y ocupar su espíritu con el pensamiento de la eternidad. Raros son los ejemplos de esto entre nosotros. Ves aquí finalmente lo que debe preguntarse á sí mismo cada día un cristiano fervoroso: ¿Qué debo yo hacer ahora, qué bien tendré ocasión de hacer, qué mal debo huir para obtener la vida eterna? Con esta mira debe ofrecer á Dios todas sus acciones, todos sus pensamientos, todas sus palabras, todos sus trabajos, y hacerlo todo con esta intención de agradar á Dios y merecer su gloria.

3.º *¿Cuál es la respuesta de Jesucristo á la pregunta de este jó-*

ven?... *Jesús eleva hácia Dios el corazón de este jóven prosélito...* «Y «Jesús le dijo : ¿Por qué me preguntas en órden al bien?... ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino solo Dios...» El demasiado ardor natural de este jóven debió templarse y corregirse con estas palabras... Frecuentemente tienen algunos una confianza demasiado natural en los maestros de la vida espiritual que suelen consultar. Á estos toca corregir este defecto en los que guían, llamándolos siempre á Dios solo, bueno por esencia, y de quien deriva como de su principio todo lo que puede haber de bueno en los hombres... 2.º *Jesús perfecciona la fe que tenía en él este jóven...* En la respuesta que le da este divino Maestro no desecha de modo alguno el título de bueno, le insinúa solamente que no tiene aun de él toda la idea que debía tener; y diciéndole que este título conviene solo á Dios, le da á entender que debería mirar aquel á quien lo da como á Hijo de Dios, y no como á un maestro puramente humano. Si no comprendió el jóven el sentido de esta respuesta, lo comprendieron sus discípulos, y nos la han dejado justamente para que lo comprendamos. Jesús, pues, es el Maestro bueno por esencia, porque es Dios, Hijo de Dios, igual al Padre, y el mismo Dios como él. ¿Qué mejor Maestro podemos nosotros consultar? ¿Qué mejor guía podemos seguir? 3.º *Jesús responde directamente á la pregunta de este jóven...* «Si quieres llegar á la vida observa los «mandamientos...» ¡Ah! pongamos también nosotros en esto toda nuestra atención : este es el verdadero camino. Fuera de este, todo lo demás es inútil y toda ilusión.

PUNTO II.

De la sabiduría de este jóven.

1.º *Observemos su exámen sobre la ley de Dios...* «Y ¿cuáles? le «dijo él. Y Jesús le dijo : Tú sabes los mandamientos... No matarás, no fornicarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio... No «hagas engaño, honra á tu padre y á tu madre, y amarás al prójimo como á tí mismo...» Nosotros conocemos también sin duda estos mandamientos, y si los quebrantamos somos tanto mas culpables, cuanto estamos en ellos mas instruidos. Pero ¿cómo los observamos? ¿Los practicamos en toda su extensión y con todo lo que ellos contienen? ¿No dejamos que nuestro corazón sea dominado de la cólera? ¿Evitamos todo cuanto puede ofender la pureza? ¿No hacemos algun daño al prójimo, ni en sus bienes, ni en su repu-

tación, con acciones ó con palabras? ¿Cumplimos las obligaciones de nuestra edad, de nuestra condición, de nuestra dependencia, de nuestro estado? Juzguémonos á nosotros mismos.

2.º *Consideremos el buen testimonio de su conciencia...* «Pero él «respondió, y le dijo : Maestro, todas estas cosas las he observado «desde mi juventud...» ¡Dichoso el que puede darse un testimonio de tanto consuelo! ¡Ah! sería yo ciertamente feliz si pudiese decirme á mi mismo que he conservado mi inocencia bautismal, que no he cometido algun pecado mortal desde mi infancia. ¡Maldito pecado, malditas pasiones que me habeis quitado un tan gran bien! Pero si no puedo fijar el tiempo de mi infancia, ¿qué época puedo yo establecer de mi inocencia? ¡Ah! sea á lo menos ahora; sí : desde ahora detesto todos mis pecados : comienzo desde ahora á llorarlos amargamente, y estoy desde ahora firmemente resuelto á no cometer jamás alguno.

3.º *Consideremos la belleza de su inocencia...* Era una cosa bien sorprendente ver un jóven en la flor de su edad, rico, distinguido, haber conservado hasta entonces su inocencia, y no desear otra cosa que perfeccionarse siempre mas... «Y Jesús, mirándolo, le mostro «afecto...» Concibió para con él una tierna y sincera afición. ¡Ah! ¿qué sirve á tantos jóvenes comparecer amables y brillar á los ojos de los hombres, si su conciencia los acusa y los reprende que están en un estado que los hace á los ojos de Jesús un objeto de horror y de abominación? Son amables á los ojos de los hombres; pero pueden decirse á sí mismos que si los hombres conociesen sus secretos desórdenes tendrían para con ellos solo aversión y desprecio. ¡Ah! Señor, si no puedo traer sobre mí, por mi inocencia, los ojos de vuestra ternura, haced á lo menos que traiga los de vuestra misericordia con mi penitencia y con la firme resolución en que estoy de no ofenderos ya jamás. No : aunque grandísimo pecador, no me excluiré aun de vuestro corazón : puedo aun como tantos otros merecer vuestro afecto por la viveza de mi dolor, por mi fidelidad en servirlos, y por mi ardiente deseo de agradaros en todas las cosas.

PUNTO III.

De la tristeza de este jóven.

1.º *Examinemos lo que habria debido ocasionar su alegría...* «¿Cómo, pues, es posible que este jóven se retirase disgustado de un discurso que hasta este punto habia redundado en su gloria, y que

le habia ganado el corazon de Jesús? En lo que hasta aquí se le ha dicho, ¿qué cosa habia que no debiese doblar su júbilo y ponerle el colmo? Consideremos, pues, todas sus partes... Dice el jóven: «He observado todo esto...» ¿Qué me falta aun?... ¡Disposicion muy laudable! no contento con observar los preceptos de la ley y merecer la vida eterna, hélo aquí dispuesto á practicar las obras de supererogacion, y á seguir los consejos del Evangelio. No pide ni desea otra cosa que conocerlos. «Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto...» Esto es cabalmente á lo que aspiraba, por esto habia venido con tanta solicitud y diligencia á consultar el divino Maestro... Alégrate, pues, piadoso israelita, te acercas ya al término de tu felicidad, y presto sabrás lo que con tanto ardor deseas... «Una cosa te falta...» Nuevo motivo de alegría. Ha pasado ya bien adelante aquel á quien no falta ya mas que una cosa sola, y tiene todo el derecho de reputarse feliz, cuando esta sola cosa está en su poder y depende solo de él el procurársela... Escucha, pues, con atencion cuál es aquella única cosa que te falta... «Vé, vende lo que tienes, y dalo á los pobres...» ¿Cómo? ¿comienzas á turbarte? Escucha aun... «Y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, y sígueme...» Manifiesta, pues, en este momento tu alegría. Por bienes perecederos que tú abandonarás, y que ciertamente será necesario dejar un día sin mérito, adquirirás un tesoro en el cielo. ¿Y qué cosa son los bienes de la tierra en comparacion de las riquezas del cielo? ¿Qué cosa es un gozo inquieto de algunos dias en comparacion de un gozo tranquilo y bienaventurado por toda la eternidad? Y atiende además de esto que Jesucristo te llama para que lo sigas, que te llama porque te quiere bien, porque has de venir á ser uno de sus discípulos ó uno de sus Apóstoles... ¡Ah! nada de todo esto lo mueve, y si está movido, no experimenta otro efecto que el de tener el corazon pasado de dolor.

2.º *Observemos lo que ocasionó su tristeza...* «Oidas por el jóven estas palabras, se fué afligido porque tenia muchas posesiones...» ¡Malditos bienes! ¡fatales riquezas! ¡amor de las delicadezas y comodidades de la vida! ¿Cuántas vocaciones habeis sofocado? ¿Á cuántas almas habeis impedido abrazar el estado de la perfeccion y de perseverar en él?... Pero, con todo esto, si este jóven no se sentia con bastantes fuerzas para seguir á Jesús y para resolverse á un despojo tan absoluto, ¿por qué retirarse disgustado y afligido? No era ya este un precepto que Jesucristo le hubiese puesto, so pena de ser privado de la vida eterna; era solo un consejo de perfeccion que

habia dejado á su eleccion, y que á ninguno se le manda. Todo esto es verdad; pero cuando Jesucristo ha hablado, ha llamado, ha convidado á la perfeccion, y esta voz se ha dejado oír, no sirve el decir que este no es un precepto, que se puede hallar la salud en el mundo, en la renuncia que se hace de la propia vocacion; es imposible no hallar en el corazon una pena y una secreta tristeza que argüirá nuestra propia vileza... Tristeza que extiende su amargura sobre todo el curso de la vida, y que crecerá al sumo á la hora de la muerte... Puede cada uno salvarse en el mundo; pero ¡oh y cuánto es de temer que el amor del mundo, que ya nos ha apartado de la perfeccion, nos haga despues faltar á ciertos puntos esenciales! No sabemos qué cosa se haya hecho este jóven, ó cuál haya sido su suerte; pero ¡oh cuánto es de temer que el apego que tenia á sus bienes, y que le impidió seguir á Jesucristo, no le haya despues impedido el declararse su discípulo, el recibir su Bautismo y su ley en un tiempo en que ninguno podia declararse cristiano sin exponerse á perder no solo sus bienes, sino tambien la vida misma!

3.º *Apliquemos todo esto á nosotros mismos...* 1.º *Pregunta que nos hace Jesucristo...* Fuera de la perfeccion de los estados, que hace que uno sea en sí mas perfecto que otro, hay tambien la perfeccion de la virtud: como del amor de Dios y del prójimo, de la union con Dios, de la rectitud de la intencion, de las obras de piedad, de caridad y de celo; y esta perfeccion santifica las almas en todos los estados. Así en el nuestro, sea el que se fuese, pensemos que Jesucristo nos pregunta como á este jóven: «si quieres ser perfecto...» ¿Seria por ventura posible que no quisiésemos?... ¿Tenemos tanto ardor para perfeccionar nuestra razon, nuestro espíritu, nuestros talentos, nuestros modales, todas cosas defectuosas, y no querríamos la perfeccion de nuestra alma? 2.º *Pregunta que debemos hacer á Jesucristo...* Señor, ¿qué me falta aun? Escuchemos atentamente su respuesta, y para no engañarnos con ella consultemos á aquellos que para guiarnos tienen las veces de Dios con nosotros...

4.º *Júbilo que debemos experimentar...* Alegrémonos de conocer la voluntad de Dios sobre nosotros, hagamos fiesta por las infinitas utilidades que encontraremos en seguirla, y temamos los peligros á que nos expondria nuestra resistencia. Hay algunos de los cuales pretende Dios un servicio mas que mediano, y estos ó deben ser grandes Santos, ó grandes réprobos.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, iluminad mi espíritu, moved mi corazón, dadme vuestro amor, la fe, la piedad, la humildad, la dulzura, la fidelidad y el desapego de los bienes de la tierra. Amen.

MEDITACION CCXIX.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON SUS APÓSTOLES CON LA OCASION DEL JÓVEN REFERIDO.

(Luc. XVIII, 24-30; Marc. I, 23, 31; Matth. XIX, 23-30).

Jesucristo demuestra : 1.º la dificultad de la salud en las riquezas ; 2.º la posibilidad de la salud en las riquezas ; 3.º la abundancia de la salud en la renuncia de las riquezas.

PUNTO I.

De la dificultad de la salud en las riquezas.

No hay acaso verdad que Jesucristo haya inculcado ni tan frecuentemente, ni con tanta fuerza, como esta. Fuera de lo que en otras partes ha dicho, la repite aquí tres veces seguidamente en los términos mas espantosos.

1.º *Jesús se explica con juramento...* «Y Jesús, viendo como él se «había entristecido... dando al rededor una mirada, dijo á sus discípulos : ¡ Cuán difícil es que los ricos entren en el reino de Dios!...» Habiendo visto Jesucristo la afliccion con que el jóven se había retirado, dió una mirada al rededor como para anunciar á los circunstantes que les quería decir alguna cosa importante, y que merecía toda su atencion. Se compadeció de la condicion de los ricos, y maldijo las riquezas... El suceso confirmó la verdad de sus palabras al tiempo de la predicacion de los Apóstoles. Pocos grandes, pocos nobles, en una palabra, pocos ricos abrazaron el Cristianismo. Entre los judíos y entre los gentiles los pobres fueron los primeros á abrazar el Evangelio, y los ricos los primeros á perseguirlo. ¿Qué cosa es la que impidió al Evangelio establecerse sólidamente en tantas partes donde se presentaron los Apóstoles? Las riquezas. ¿Qué cosa es la que en nuestros dias ha cerrado la entrada al Evangelio en el Japon? El amor de las ganancias y de las riquezas. En todo lugar, en todo tiempo, en todos los pueblos y en todos los corazones el amor de las riquezas ha sido y será siempre un obstáculo al Evangelio.

2.º *Jesús se explica con ternura...* «Y los discípulos quedaron maravillados...» ¿Y quién no se maravillará de esto, especialmente al ver cuántos hay que no suspiran por otra cosa que por las riquezas?... «Pero Jesús, respondiendo otra vez, les dijo : Hijitos, ¡cuán «difícil es que entren en el reino de Dios aquellos que ponen «su confianza en las riquezas!...» ¡Ay de mí! ya veía uno de estos, aun entre sus Apóstoles, á quien debía perder el amor del dinero, y que de un apóstol había de hacer un réprobo. ¿Quién no temerá, despues de semejantes palabras de Jesucristo tan formales, y repetidas con una ternura verdaderamente paterna? ¿Quién, pues, sobre este punto se puede tener por seguro? No hay estado alguno tan santo, tan austero, tan pobre, tan apostólico en que el amor del dinero no pueda hacer idólatras, traidores, pérfidos y apóstatas.

3.º *Jesús se explica con términos que llevan la dificultad hasta la imposibilidad...* Un proverbio de que los judíos se servían para expresar una cosa extremadamente difícil y cuási imposible no le pareció demasiado fuerte al Salvador... Añadió, pues... «Y os digo de «nuevo, que es mas fácil el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de los cielos...» ¿De dónde procede, pues, esta grande dificultad, que va hasta una especie de imposibilidad? Ella procede : 1.º Del desórden propio de esta pasion, que es de pegar el corazón á la tierra, endurecerlo para con Dios y para con el prójimo, y hacerlo insensible á las cosas del cielo, motivo por que san Pablo ¹ le da el nombre de idolatria... 2.º Esta dificultad viene de los desórdenes de que esta pasion es la causa... Las riquezas que se poseen son alimento de todas las pasiones y un medio seguro de satisfacerlas. Las riquezas que queremos adquirir ó acrecentar son una ocasion de mentiras, de doblez, de fraudes, de injusticias, de dureza, de inhumanidad, de olvido de Dios y de la propia salud, de irreligion y de impiedad... Las riquezas que queremos conservar y que tememos perder nos tienen dispuestos á los mayores excesos, á la traicion, á la perfidia y á la apostasia... 3.º Esta dificultad viene de la propiedad que tiene esta pasion de justificarse á sí misma en todas las cosas... Ella justifica todos los desórdenes en que empeña á cualquiera que es su esclavo : el lujo es liberalidad y bien público ; el ahorro sórdido, economía ; la atencion continua á la ganancia, prudencia, providencia y necesidad. Gime el rico bajo el yugo de las otras pasiones ; pero con esta se regocija. Se vituperan en los otros las otras pasiones ; pero

¹ Ephes. v, 5.